

Entre Restauración y libertades modernas: la iglesia católica en el Véneto desde comienzos del XIX a mediados del siglo.

La península italiana, inmediatamente después del final del sistema de poder napoleónico se presentaba como una realidad caracterizada por la vuelta a la fragmentación típica del antiguo régimen, salvo por lo que hace a algunas novedades, entre las cuales, las más significativas consistieron en la desaparición definitiva de la República de Génova, derribada por los franceses y los jacobinos en 1797 y abolida definitivamente por el Congreso de Viena) pero sobre todo, de la República de Venecia, caída en 1797 por el impacto de los ejércitos franceses mandados por el general Bonaparte. Después del Congreso de Viena la extensa parte italiana del territorio sometida con anterioridad al gobierno de la República veneciana (el Ducado y los llamados “Dominios de Terraferma”)¹ fue unida a la del exDucado de Milán (que, desde 1714 había pasado a formar parte del dominio de los Habsburgo), dentro del nuevo Reino Lombardo-Véneto. La corona del nuevo estado le fue asignada por ley al emperador de Austria. La duración de la nueva entidad estatal –en una primera fase, a partir de 1815, con capital en Milán, y más tarde, desde 1859, en Venecia, debido a la pérdida de Lombardía por Austria-, se extendió hasta 1866, cuando la III Guerra de la independencia italiana le puso fin, abriendo el camino a la unificación del Véneto con el Reino de Italia que había sido proclamado pocos años antes, en 1861.

En cambio, desde un punto de vista religioso, las poblaciones de la península resultaban amalgamadas por su prolongadísima adhesión al catolicismo con pocas, exiguas minorías, constituidas por judíos, algunas comunidades greco-ortodoxas y protestantes. Se trataba, sin embargo de un catolicismo diversificado en su interior, al menos en parte, desde la perspectiva de las orientaciones y sensibilidades religiosas (especialmente, en el nivel de las devociones y formas rituales, pero también por lo que respecta a ciertos rasgos doctrinales), achacables principalmente a las respectivas tradiciones y costumbres regionales, aparte de ser una consecuencia de las políticas eclesiásticas de los distintos gobiernos de los antiguos estados regionales. Las iniciativas regalistas y reformistas que en la segunda mitad del siglo XVIII caracterizaron a gran parte de los estados de la península (y, en particular a Venecia, la

¹ En el momento de su caída, la República de Venecia contaba también con las posesiones del “Stato da Mar”, integrado por extensos territorios a lo largo de la costa de Istria, Dalmacia y algunas islas del Mar Jónico.

Lombardía austriaca, Nápoles, Parma, la Toscana) -unos procesos análogos, en varios sentidos a los que caracterizaron las políticas eclesiásticas de España, Portugal y el imperio de los Habsburgo- tuvieron solo en algunos casos una materialización significativa, más o menos amplia según los lugares², contribuyendo así, de hecho, a una posterior diversificación de las condiciones de las instituciones eclesiásticas y, más indirectamente, del panorama religioso de la península en su conjunto.

Como prueba de la importancia revestida por el catolicismo en el contexto italiano de los inicios del Ochocientos postnapoleónico se encontraba su reconocimiento como religión oficial por parte de todos los estados en los que el territorio de la península se hallaba dividido al empezar la Restauración. Pero desde mediados del siglo XVIII la puesta en marcha, por parte de los dirigentes de distintos estados italianos de políticas de tinte regalista más o menos acentuado había conllevado efectos manifiestos también en el plano del culto y, más en general, en el de la religiosidad. Sobre este particular el área véneta, por medio del regalismo que había caracterizado los últimos años de la República de Venecia resultó de entre las más significadas por lo que concierne a estos procesos en el ámbito italiano, pese a que no alcanzaron los niveles de los territorios italianos sujetos al control, directo o indirecto, del Austria de María Teresa y, más tarde, de su hijo, José II³. El regalismo fue, utilizado, por un lado, para favorecer, a través de la reorganización de la red eclesiástica, la reordenación administrativa y la centralización del aparato civil y, por otro, trató de buscar una modernización de las instituciones de la iglesia católica. Por lo que respecta al territorio véneto, algunos de los principales resultados de dichas medidas vinieron representados por un considerable replanteamiento de las circunscripciones eclesiásticas, como veremos más adelante; por una concentración de la vida pastoral en la parroquia y en la figura del párroco, poniendo término al largo periodo de coexistencia de una pluralidad

² El contexto puede hallarse en ROSA, Mario, *Settecento religioso. Politica della Ragione e religione del cuore*, Venezia, Marsilio, 1999, pp. 129-148.

³ Acerca del regalismo en la República de Venecia cfr VENTURI, Franco, *Settecento riformatore*, vol. I: *Da Muratori a Beccaria. 1730-1764*, Torino, Einaudi, 1969, pp. 272-299; *Ibid.*, vol. II: *La chiesa e la repubblica dentro i loro limiti. 1758-1774*, Torino, Einaudi, 1976, pp. 101-162; INFELISE, Mario, *Censura e politica giurisdizionalista a Venezia nel Settecento*, en «Annali della Fondazione Luigi Einaudi», 16 (1982), pp. 193-248; BARZAZI, Antonella, *I consultori «in iure»*, en ARNALDI, Girolamo, y PASTORE STOCCHI, Manlio, (eds.), *Storia della cultura veneta*, 5/II: *Il Settecento*, Vicenza, Neri Pozza, 1986, pp. 179-199; GULLINO, Giuseppe, *Il giurisdizionalismo dello Stato veneziano: gli antichi problemi e la nuova cultura*, en BERTOLI, Bruno, (ed.), *La Chiesa di Venezia nel Settecento*, Venezia, Edizioni Studium Cattolico Veneziano, 1993, pp. 23-38; GULLINO, Giuseppe, *La politica ecclesiastica veneziana nella seconda metà del XVIII secolo*, en GULLINO, Giuseppe y IVETIC, Egidio (eds.), *Geografie confessionali. Cattolici e ortodossi nel crepuscolo della Repubblica di Venezia (1718-1797)*, Milano, Franco Angeli, 2009, pp 13-28.

de sujetos, por medio de las supresiones de las órdenes regulares y de la reducción de efectivos del clero secular; por una creciente incitación de la administración civil, ejercida sobre el episcopado y sobre el clero, para que se involucraran en la burocratización del culto y de la vida religiosa en apoyo y para el reforzamiento del Estado.

No cabe olvidar, finalmente, que el panorama político-religioso de la península italiana contaba con la singularidad específica de la presencia del Estado pontificio (anteriormente Estado de la iglesia), restaurado en 1814 y puesto bajo la guía del soberano pontífice: cabeza de la iglesia romana y, al propio tiempo, monarca absoluto de un estado plurirregional de dimensiones medias, en el contexto de la Italia central.

Releer/Olvidar el pasado napoleónico

El periodo napoleónico había visto al episcopado de las diócesis venecianas proclive, en su conjunto, a una cierta colaboración con el poder político, que había asumido con frecuencia la forma de la búsqueda de un *modus vivendi* frente a los problemas y dificultades suscitados a la iglesia católica veneciana por la política eclesiástica de Napoleón, durante el Reino de Italia⁴. Es probable que en la postura de los prelados pesara también la costumbre de la colaboración secular entre instituciones eclesiásticas y civiles en el interior de la República de Venecia, no obstante venir jalonada de varios momentos de tensión, de los que, el conocido asunto del interdicto lanzado por Pablo V, y la resistencia veneciana, sostenida ideológicamente por los consejos *in iure* del célebre hermano servita Paolo Sarpi había constituido solamente el episodio más clamoroso y dramático de una no pequeña serie. En los primeros años del XIX el intento de los obispos de las diócesis vénetas de conciliar la tradicional obediencia a la autoridad política (demandada en aquellos años con una particular energía por el gobierno real), con la devota subordinación al pontífice romano, sin conceder excepciones al intento de mantener, entre no pocas dificultades, la conducción de las respectivas iglesias, había de hecho dado lugar a resultados prácticos bastante distintos entre sí. Y en el conjunto, detrás de un consenso formal aparentemente amplio entre los obispos del área véneta frente a las directivas emanadas del gobierno en

⁴ Acerca de la política eclesiástica del napoleónico Reino de Italia cfr. AGOSTINI, Filiberto, *La riforma napoleonica della chiesa nella Repubblica e nel Regno d'Italia, 1802-1814*, Vicenza, Istituto per le ricerche di storia sociale e religiosa, 1990.

materia eclesiástica –en realidad se trataba quizás de cesiones achacables solamente a las presiones ejercidas por las autoridades políticas-, se dibujaban adhesiones convencidas al reformismo napoleónico en el terreno eclesiástico, pero también prudentes reservas, incertidumbres, resistencias larvadas. Las cuáles emergieron de forma clara en las relecturas del pasado reciente y en las retractaciones enviadas a Pío VII inmediatamente después de la conclusión de la etapa napoleónica, sobre todo después del suceso que, en 1811, había visto a más de un obispo veneciano adherirse a las tesis de orientación galicana expresadas por el capítulo metropolitano de París o, incluso, participar en el concilio nacional celebrado en la capital del imperio, en el marco de la controversia que había contrapuesto a Bonaparte, con su política de carácter regalista, a Pío VII. De hecho, de las catorce diócesis venecianas, incluyendo las vacantes, habían llegado señales de adhesión, de contenido muy diverso, ciertamente, a las tesis galicanas expresadas por el cabildo metropolitano de París. Y había sido amplia la participación en el concilio parisino por parte de los obispos que dirigían las diócesis vénetas. Acudieron siete: Molin, de Adria, Carezoni, de Feltre, Marin, de Treviso, Peruzzi, de Chioggia, Dondi Dall’Orologio, de Padua, Liruti, de Verona, y el nuevo patriarca de Venecia, Stefano Bonsignore, nombrado por Napoleón y que en consecuencia no obtendría nunca la institución canónica por parte de Pío VII. Otras cuatro diócesis –Belluno, Caorle, Torcello, Vicenza-, se encontraban vacantes, en tanto que se abstuvieron de participar en el concilio tan solo el arzobispo de Udine, Rasponi, el obispo de Concordia, Bressa, y el de Ceneda, Falier. De ahí la exigencia de retractación o, cuando menos, de justificación de cuanto dicho o hecho, una vez que el retorno de Pío VII a Roma y la derrota de Napoleón habían modificado de modo radical el escenario político y eclesiástico⁵. En otras ocasiones, en cambio, dudas, reservas y desacuerdos dejaron rastro en escritos que, al menos de momento, no estaban destinados a circular, por lo que permitían a sus autores el expresarse con una mayor franqueza. Fue el caso del arcipreste de Monigo, en la diócesis de Treviso, Luigi De Gobbis, que confiaba a su diario estos versos, atribuyendo en todo caso su autoría al pueblo: “Maldito Bonaparte, él y sus zapatos; maldito él y sus escaarpines y todos los

⁵ Remito, para una posterior profundización en la postura de los ordinarios de las diócesis vénetas respecto de la política napoleónica –y, en particular para la exigencia de juramentos de fidelidad a la monarquía y con relación al conflicto surgido en 1811 en torno a los principios galicanos a VIAN, Giovanni, *Brevi note sui vescovi del Veneto di fronte alla politica ecclesiastica francese*, en GULLINO, Giuseppe y ORTALLI, Gherardo, (eds.), *Venezia e le terre venete nel Regno italico. Cultura e riforme in età napoleonica*, Venezia, Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 2005, pp. 301-318. Sobre la posición de los obispos del Véneto respecto del gobierno napoleónico puede consultarse también AGOSTINI, Filiberto, *Istituzioni ecclesiastiche e potere politico in area veneta (1754-1866)*, Venezia, Marsilio, 2002, pp. 211-230.

jacobinos”⁶. O, incluso se puede poner como ejemplo el juicio de Antonio Armani, párroco de la veneciana San Silvestro, sobre la municipalidad democrática y el subsiguiente gobierno napoleónico (en particular sobre su política eclesiástica), un juicio profundamente negativo, que era extendido explícitamente también al patriarcado de Gamboni, si bien expresado cuando ya la situación había completamente cambiado⁷.

Por tanto, en el clima de la incipiente Restauración, con siete de las diócesis vénetas vacantes desde hacía tiempo o que habían pasado a esa situación en 1814⁸, los obispos de Padua, Verona, Adria, Ceneda y Chioggia, y algunos cabildos de las diócesis vénetas fueron intimados a retractarse de las posturas asumidas durante el periodo napoleónico⁹. Más allá de las justificaciones presentadas que giraban con tonos diferentes en torno a la denuncia de la dureza de los tiempos pasados, a la sorpresa, a la ambigüedad y violencia con la que los hechos se habían impuesto sobre la voluntad de los obispos y de los otros preladados que se habían, en mayor o menor medida, ampliamente comprometido con la política reformista de signo regalista emprendida por Napoleón, pienso que emerge principalmente la intención de cerrar definitivamente un periodo en el cual, bajo la sofocante presión de las autoridades civiles, las relaciones entre los obispos y la sede romana se habían desenvuelto de una manera problemática. En cambio, con el fin de la edad napoleónica se abría un tiempo en el cual el cierre de filas en torno a la figura del papa estaba destinado a convertirse en uno de los elementos más característicos y determinantes en la conducta del episcopado católico, y no solo del de la zona véneta que aún durante algunos decenios habría debido seguir midiéndose todavía con instituciones civiles defensoras de una política regalista, aunque menos radical que la practicada precedentemente por el napoleónico Reino de Italia.

La herencia del periodo napoleónico, entre regalismo y secularización

La relación con las libertades impuestas por los ejércitos franceses y por los revolucionarios que en el último Setecientos se habían alzado al poder de la República

⁶ Citado por TRAMONTIN, Silvio, *La Chiesa trevigiana dalla caduta della Repubblica al concilio Vaticano II*, in PESCE, Luigi, (ed.), *Diocesi di Treviso*, Padova, Gregoriana, 1994, pp. 191-303: 197.

⁷ Cfr. el extenso memorial de Armani al patriarca Milesi, «Sulle disgrazie del Clero Veneto», s.d. [1816?], en Venecia, Biblioteca del Museo Correr, ms. Cicogna 3063, fasc. 1.

⁸ Belluno, Caorle, Feltre, Torcello, Vicenza, a las que se agregaron en 1814 Udine, por el fallecimiento de Rasponi, y Venecia, debido a la marcha de Bonsignore a Faenza.

⁹ Cfr. AGOSTINI, Filiberto, *Istituzioni ecclesiastiche...*, pp. 231-233. Fueron llevadas a cabo retractaciones, entre otros, por los capítulos de Belluno, Udine, Venezia e Vicenza. Solo dejaron de hacerlo los obispos de Treviso y Concordia (aunque de estas sedes se envió una petición por parte del cabildo).

aristocrática de Venecia había resultado de inmediato difícil para una parte de la población que, en aquella época se encontraba ligada, en su abrumadora mayoría a la religiosidad y devociones propias del catolicismo. Una sátira había expresado de forma polémica las reacciones de, cuanto menos, una parte de los venecianos frente a las fiestas que habían acompañado la erección del árbol de la libertad en la plaza de S. Marco, la excapital de la República serenísima y en las que había participado, incluso, algún fraile:

“Árbol sin vestimenta

Birrete sin cabeza

Libertad que no dura:

Cuatro idiotas que se divierten”.¹⁰

La postura de las jerarquías eclesiásticas no se había mostrado más comprensiva, con algunas significativas y vistosas excepciones, dentro del clero veneciano, de miembros favorables a las libertades modernas¹¹, unas posiciones abandonadas muy pronto, sobre todo después del final de la experiencia napoleónica, o, cuando menos, ya no expresadas públicamente en el nuevo clima político y cultural de la Restauración. En la península italiana el periodo jacobino y, luego, el reformismo napoleónico habían traído consigo, aunque en una medida mucho más limitada que en Francia¹², un incipiente desarrollo de los procesos de secularización, que habían afectado en primer término al ámbito de las relaciones entre las instituciones civiles y eclesiásticas, pero que habían comprendido también los comportamientos individuales. Por lo que nos es conocido, la incidencia efectiva que la etapa revolucionaria y la napoleónica habían tenido sobre la moralidad y religiosidad de la población italiana había sido en su

¹⁰ Cit. en MARANINI, Giuseppe, *La Costituzione di Venezia*, vol. 2: *Dopo la serrata del Maggiore Consiglio*, Firenze, La Nuova Italia, 1974, p. 503.

¹¹ Algunos datos en DE ROSA, Gabriele y AGOSTINI, Filiberto, *Vita religiosa e cultura in Lombardia e nel Veneto nell'età napoleonica*, Bari-Roma, Laterza, 1990; y AGOSTINI, Filiberto, *Il 1797 nel Veneto: vescovi e clero tra municipalità repubblicane e governi centrali*, en CESTARO, Antonio, (ed.), *L'età rivoluzionaria e napoleonica in Lombardia, nel Veneto e nel Mezzogiorno: un'analisi comparata*. Atti del Convegno di Maratea, 15-17 ottobre 1996, Venosa, Osanna Venosa, 1999, pp. 19-53.

¹² Para los efectos de la política revolucionaria sobre los comportamientos religiosos en Francia cfr. TACKETT, Timothy, *La Révolution, l'Église, la France*, préf. de M. Vovelle, postface de C. Langlois, Paris, Cerf, 1986; VOVELLE, Michel, *1793, la Révolution contre l'Église : de la Raison à l'Être Suprême*, Paris, Complexe, 1988. Para el contexto europeo PLONGERON, Bernard, (ed.), *Pratiques religieuses, mentalités et spiritualités dans l'Europe révolutionnaire (1770-1820)*. Actes du colloque du centenaire de la révolution, Chantilly 27-29 novembre 1986, Turnhout, Brepols, 1988.

conjunto modesta, más allá de las lecturas casi catastróficas que contrariamente proporcionaron de ellas algunos de los protagonistas del ámbito eclesiástico, como se advertirá en seguida por lo que atañe a los del Véneto. De hecho, la relectura emprendida por el episcopado y el clero hasta los años treinta, subrayó justamente con insistencia el vínculo existente entre las corrientes culturales que habían caracterizado al periodo napoleónico y las manifestaciones de inmoralidad e incredulidad que distinguían de una manera creciente a la sociedad¹³.

El nuevo patriarca de Venecia, Francesco Maria Milesi¹⁴, nombrado por el emperador austriaco Francisco I el 8 de diciembre de 1815, había denunciado el grave peligro antes incluso de llegar a Venecia a tomar posesión de la sede patriarcal, en su pastoral dirigida a la iglesia veneciana del 1º de noviembre de 1816: en ella señalaba como objetivo principal de su ministerio y el del clero, el incremento de la gloria de Cristo, la erradicación de las “malas raíces crecidas bajo la influencia de las pasadas calamidades”, la reparación de los daños sufridos, la apostasía vergonzosa del mundo y del demonio. Por tanto, citando las palabras del patriarca Giovanelli, su predecesor en las extremadamente difíciles coyunturas del gobierno municipalista democrático adoptado al hundirse la República, Milesi exhortaba a no lamentarse de las pérdidas de los bienes eclesiásticos,

“llorad más bien por lo que [los enemigos] nos han dejado; llorad por los delirios filosóficos y por las disolutas y varias doctrinas, por la corrupción de las costumbres, que con los libros perniciosos y los inicuos escándalos han sembrado por doquier. Estas, añadimos Nos, son las desgracias que, mucho más que las riquezas de los tiempos, que puede con exuberancia resarcir la piedad de los fieles, debéis con lágrimas incesantes deplorar no dejando nunca, sin embargo, de esforzaros en extirpar estas pestíferas y mortales espinas del campo del Señor. A cuyo importantísimo objeto es necesario, o amadísimos hermanos, que con la guía y la ayuda de Jesucristo nos dispongamos todos, con un mismo espíritu a obrar”¹⁵.

¹³ Cfr. BATTELLI, Giuseppe, *Clero secolare e società italiana tra decennio napoleonico e primo Novecento. Alcune ipotesi di rilettura*, en ROSA, Mario, (ed.), *Clero e società nell'Italia contemporanea*, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 43-123: 77.

¹⁴ Sobre el episcopado veneciano de Milesi cfr. VIAN, Giovanni, *Trasformazioni istituzionali e mutamenti nella religiosità. Le Chiese veneziane durante i primi anni della restaurazione*, en GOTTARDI, Michele, (ed.), *Venezia suddita 1798-1866*, Venezia, Marsilio, 1999, pp. 63-75: 65-74.

¹⁵ *Lettera pastorale di s. e. reverendiss. Francesco Milesi per la divina misericordia patriarca di Venezia, primate della Dalmazia, cappellano della corona del Regno Lombardo-Veneto trasportata dalla latina nell'italiana favella*, Venezia, Dalla tipografia di Alvisopoli, MDCCCXVI, pp. 5-6, en Biblioteca del Seminario Patriarcale di Venezia.

Pese a ello, los efectos de la descristianización en Venecia, según el mismo Milesi, se habían manifestado con implicaciones deletéreas. En estos términos había dado cuenta de ellas al penitenciario mayor, el cardenal Di Pietro, el 31 de julio de 1817:

“Las críticas circunstancias sobre la moralidad cristiana de los tiempos pasados ocasionaron en las costumbres de esta buena población, graves, enormes desórdenes [...] Sería bien deseable que no hubiera tantos y tales escándalos para ruina de las pobres almas, como sería también deseable que no hubieran existido nunca en el mundo los sembradores y pregoneros de la irreligión y del libertinaje; pero habiéndolos lamentablemente, nos corresponde a nosotros el hacer todos los esfuerzos para repararlos”¹⁶.

Y a finales del siguiente decenio Jacopo Monico, elevado al gobierno del patriarcado veneciano en 1827, advertía la presencia, incluso en el clero, de los efectos, generacionales por así decirlo, del largo periodo, de los “nuevos tiempos” desfavorables a la vida cristiana tal y como había sido ampliamente entendida y practicada hasta el derrumbamiento del *ancien régime*:

“en muchos está la falta de aquella educación que conforma al verdadero eclesiástico. A este propósito conviene diferenciar a los sacerdotes de toda la vida de aquellos otros más recientes. Entre los primeros se encuentran muchos en verdad respetabilísimos por doctrina y piedad y estos representan un gran honor y utilidad para la iglesia, pero otros, no escasos, se advierte que o no han aprendido nunca o han descuidado sus propios deberes y estos últimos, a los que difícilmente puede inducirse a aprender nada nuevo o a poner en práctica hábitos distintos a aquellos en los que han envejecido, no dan lugar a esperar mucho beneficio de su servicio”¹⁷.

En 1827, a muchos años ya de la instauración del gobierno austriaco sobre el Véneto que debería haber favorecido una superación de las condiciones creadas por la etapa revolucionaria y el periodo napoleónico- consideradas completamente negativas-, Viena emprendió discretamente una encuesta para captar el modo de remediar las malas condiciones morales de la población veneciana. Los dirigentes políticos eran precisos en

¹⁶ El borrador en Archivio Storico del Patriarcato di Venezia [en lo sucesivo, ASPV], Curia III, Patriarchi, Milesi, b. 2, fasc. V.

¹⁷ Carta al gobierno regio, en Venecia, de 20 de enero de 1829, en la que abordaba específicamente el problema del “aumento de los nacimientos ilegítimos”, que le había sido señalado por las autoridades civiles: reproducida en BERTOLI, Bruno, *Restaurazione cattolica a Venezia: residui «zelanti» e «preannunci» intransigenti nella sede patriarcale*, en GIUSTI, Renato, (ed.), *Il Lombardo-Veneto (1815-1866) sotto il profilo politico, culturale, economico-sociale. Atti del convegno storico*, Mantova, Accademia virgiliana, 1977, pp. 181-206, con apéndice documental en pp. 207-213, cita de las pp. 210-211.

cuanto a subrayar los cambios en la moralidad pública y las costumbres individuales (el “*continuo aumento* de los nacimientos ilegítimos” y el “deterioro de las costumbres” que por su conducto se manifestaba visiblemente)¹⁸, pero esencialmente incapaces de captar enteramente que la evolución de las costumbres iba ligada a mutaciones sociales y económicas que se habían ido produciendo lentamente, además de a los avances culturales. Encargados por el gobierno veneciano del peso de dar una respuesta, los obispos de las diócesis locales oscilaron a su vez entre la denuncia de la perversidad del Setecientos y los efectos provocados por la revolución francesa. Así Modesto Farina, obispo de Padua, observaba que a volver “pertinaz y constante” la corrupción de la naturaleza humana –intrínseca, a su parecer-, habían concurrido, aparte de los “impíos principios diseminados en el pasado trastocamiento de las cosas”, la difusión sobre todo, incluso entre las mujeres y en los estratos más humildes de la población rural, del “maldito espíritu revolucionario de novedad, independencia y libertad (que a mi place más llamar libertinaje)”¹⁹.

Entre los prelados venecianos estaba arraigada la convicción de que solo la restauración de la religión católica contra toda inclinación a tolerar las “sectas” (se hallaba presente en aquel tiempo la polémica contra las minorías protestantes existentes en el contexto véneto: a menudo entre los funcionarios civiles o suboficiales del ejército)²⁰ y la restitución de la iglesia católica como garante de la moralidad pública, a tutelar, incluso, con leyes represivas²¹. Si hubo también algún obispo que advirtió en la falta de medios económicos una de las causas que llevaban al abandono de los hijos, la cuestión llevó solo a plantear soluciones paternalistas bajo el signo de la caridad cristiana o de la beneficencia o, como alternativa, medidas represivas frente a los indigentes. Incluso en los casos esporádicos en los que los remedios propuestos parecían abrirse a alguna modernización de los instrumentos (albergues de acogida para pobres, establecimientos para el aprendizaje de alguna actividad productiva, una mayor disponibilidad de alojamientos o de ocupaciones temporales retribuidas), las soluciones nunca eran insertadas en un análisis capaz de aislar las dinámicas socio-económicas que contribuían a generar un estado creciente de indigencia y permanecían como algo

¹⁸ BERTOLI, Bruno, *Chiesa, società, Stato...*, op. cit., p. 89.

¹⁹ Carta al gobierno véneto, 11 de octubre de 1828, cit., *ibíd.*, p. 92.

²⁰ Para las protestas con motivo de los funerales públicos de militares luteranos, cfr. la documentación en ASPV, Curia I, Abiure, b. 1: Abiure e apostasie, fasc. «XVII Normali».

²¹ Cfr., BERTOLI, Bruno, *Chiesa, società, Stato...*, pp. 102-104.

sustancialmente intrínseco a la óptica caracterizada por las estrechas preocupaciones de la moral católica dominante en la época, y no solo en el Véneto²².

Más tarde, entre las causas lamentadas por el patriarca Monico en su pastoral sobre la doctrina cristiana de 15 de abril de 1840 que, en su opinión llevaban a ignorar la profundización en las verdades de la fe por parte de un número creciente de jóvenes – con el riesgo de que a una mala generación suceda otra peor”, cabe reconocer la presencia, ya difusa, de algunos procesos de laicización de los comportamientos individuales y de secularización de las dinámicas sociales, interpretados sin embargo, una vez más, desde una perspectiva incapaz de captar lúcidamente sus razones efectivas²³. Monico observaba:

“La disipación de la juventud [...] la negligencia de los padres, la manía de solazarse o de trabajar incluso en festivo, y ciertas máximas anticristianas que se extraen de libros venenosos y se difunden tristemente hasta por boca del vulgo son las principales y funestísimas causas de este deplorable descuido de las cosas de Dios: y de ahí dimana el que muchos, incluso expertos en ciencias y en los asuntos del mundo, crezcan, envejezcan y mueran en una fatal inexcusable ignorancia de las nociones más necesarias para la adquisición de la eterna salvación”²⁴.

En definitiva, el Estado, en el área lombardo-véneto, mantenía una acusada dimensión confesional, trataba de conservar –recurriendo a la colaboración del clero– con la persuasión y la fuerza la moralidad pública en tanto concebida en una situación que en muchos sentidos se veía afectado todavía, en este ámbito, por las condiciones de la sociedad de antiguo régimen; pero las dinámicas propias de la modernidad posilustrada iban ganando terreno también en el contexto del Véneto, entre poblaciones consideradas, por parte de las jerarquías eclesiásticas, como profundamente enraizadas desde hacía siglos en el cristianismo católico. Se trataba de un proceso complejo y en muchos sentidos imparable que se iba desarrollando en términos en gran medida incomprensible por las jerarquías eclesiásticas, pero, sin embargo, duramente enfrentados.

²² Cfr., Ibid., pp. 107-109.

²³ MONICO, Jacopo, *Lettera pastorale sulla dottrina cristiana*, p. 5, en ASPV, Curia III, Actorum Generalium, filza 22 (“1840-1843. P”).

²⁴ Ibidem, p. 8.

La reorganización de la provincia eclesiástica veneciana y la reordenación de los confines de la diócesis en el área nororiental de la península italiana.

Grandes fueron las transformaciones institucionales, especialmente en el plano de las jurisdicciones diocesanas a las que la iglesia veneciana quedó sometida durante la primera mitad del siglo XIX. La herencia del reformismo napoleónico pesó de hecho sobre ella, no solo en términos ideológico-culturales, con reflejos evidentes en la religiosidad, pero también en el plano jurídico-institucional. Habían sido numerosas las disposiciones para la reorganización de la red eclesiástica territorial, de acuerdo con una perspectiva que tenía analogías varias con la reforma de la ordenación de las diócesis de Francia llevada a cabo por los revolucionarios a finales del siglo XVIII. Sin embargo, en el contexto italiano las resistencias habían sido mayores por lo que la Santa Sede pudo decidirse a evitar el reconocer formalmente desde el punto de vista canónico las medidas del gobierno napoleónico, sin lograr por ello impedir que estas últimas tuvieran unos efectos reales en el terreno práctico. Así ocurrió, por ejemplo, con el traslado de la catedral de la sede patriarcal de Venecia desde la basílica periférica de San Pietro di Castello a la céntrica basílica de San Marco, decidida por las autoridades civiles en octubre de 1807, aunque reconocida por Pío VII solamente en 1821, con la bula *Ecclesias quae*. Con el traslado de la basílica, el gobierno napoleónico puso fin simultáneamente al **primiceriado** de S. Marco, institución eclesiástica de patronato ducal (hasta la desaparición de la República) y reconocida en cuanto tal como exenta de la jurisdicción del patriarca de Venecia. También en este caso, habría sido la *Ecclesias quae* la que sancionó canónicamente la desaparición de la antigua iglesia ducal, ocurrida ya hacia más de un decenio²⁵.

Por lo que respecta al territorio de los ex “dominios de Terraferma” venecianos, caído bajo control austriaco, la exigencia de reordenar los límites de la diócesis para ponerlos más en conformidad con las divisiones administrativas del Estado, que había

²⁵ Cfr. SCARABELLO, Giovanni, *Il primiceriato di San Marco tra la fine della Repubblica e la soppressione*, en NIERO, Antonio, *San Marco: aspetti storici e agiografici. Atti del Convegno internazionale di studi. Venezia, 26-29 aprile 1994*, Venezia, Marsilio, 1996, pp. 152-157; VIAN, Giovanni, “La Chiesa del doge al tramonto della Repubblica di Venezia”, en *Studi Veneziani*, n. s., 33 (1997), pp. 157-173. Sobre la historia del primiceriado marciano, cfr., COZZI, Gaetano, “Giuspatronato del doge e prerogative del primicerio sulla cappella ducale di San Marco (secoli XVI-XVIII). Controversie con i procuratori di San Marco de supra e i patriarchi di Venezia”, en *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze Lettere ed Arti*, 151 (1992-1993), classe di scienze morali, lettere ed arti, pp. 1-69; COZZI, Gaetano, *Il giuspatronato del doge su San Marco: diritto originario o concessione pontificia?*, en NIERO, Antonio (ed.), *San Marco: aspetti storici e agiografici...*, pp. 727-742; MIELE, Manlio, *Il primiceriato marciano al tramonto della Repubblica di Venezia. La visita pastorale di Paolo Foscari (1970-1976)*, vol. 1: *Basilica ducale*, Padova, CEDAM, 2010.

conducido a una primera serie de medidas ya en el ocaso de la República aristocrática²⁶ y que más tarde había caracterizado la acción de las autoridades napoleónicas, fue realizada justamente también por el nuevo gobierno. De ahí surgió una decisión particularmente relevante: de hecho, a instancias del gobierno imperial de Viena que creía con ello obtener la confirmación canónica a las modificaciones que en no pequeña parte había realizado ya en 1816²⁷, el 1º de mayo de 1818 Pío VII rediseñó radicalmente la planta jurisdiccional de las diócesis en el área nororiental de la península italiana, con la bula *De salute Dominici gregis*. Para la ocasión, el papa Chiramonti racionalizó los confines de varias diócesis por medio de desplazamientos de numerosas parroquias de una a otra jurisdicción episcopal: este tipo de modificaciones afectó a las diócesis de Gorizia, Udine, Adria (que recibió veinte parroquias de la diócesis de Ferrara), Concordia, Treviso, Belluno, Padua, Vicenza, Ceneda y el patriarcado de Venecia²⁸. Quedaron suprimidas además las diócesis de Torcello y Caorle, uniendo su territorio al patriarcado de Venecia. Cuya jurisdicción metropolitana amplió coetáneamente a las diócesis del Veneto, Friuli e Istria²⁹. La decisión de Pío VII arruinaba la planta diseñada a mediados del XVIII, cuando la Santa Sede había suprimido el patriarcado de Aquileia, elevado a Udine a la categoría de archidiócesis y confiado a su jurisdicción metropolitana casi todas las diócesis anteriormente sometidas a Aquileia: Padua, Vicenza, Verona, Treviso, Ceneda, Belluno, Feltre, Concordia, Capodistria, Cittanova, Parenzo y Pola³⁰. A estas diócesis les agregó, entre las sufragáneas de Venecia, la de Adria que ya Napoleón había trasladado de la jurisdicción de Rávena a la de Ferrara. Udine, en cambio, fue rebajada a simple diócesis, bajo la jurisdicción a su vez, del patriarcado de Venecia. Finalmente, y siempre con la bula *De salute Dominici gregis*, Pío VII proveyó a la unión de las dos diócesis de Belluno y Feltre.

La medida, deseada por Viena y puesta en práctica por Pío VII perturbó costumbres, tradiciones y prerrogativas. No siempre –como ha sido oportunamente

²⁶ Cfr. DEL TORRE, Giuseppe, *Le diocesi venete nella seconda metà del Settecento tra secolarizzazioni e nuovi confini giurisdizionali*, en DONATI, Claudio y FLACHENECKER, Helmut, (eds.), *Le secolarizzazioni nel Sacro Romano Impero e negli antichi Stati italiani: premesse, confronti, conseguenze (Säkularisationsprozesse im Alten Reich und in Italien: Voraussetzungen, Vergleiche, Folgen)*, Bologna, Il Mulino - Berlin, Duncker & Humblot, 2005, pp. 131-152.

²⁷ Cfr. SANDONÀ, Augusto, *Il Regno Lombardo Veneto 1814-1859. La Costituzione e l'Amministrazione. Studi di storia e di diritto; con la scorta degli atti ufficiali dei dicasteri centrali di Vienna*, Milano, L. F. Cogliati, 1912, p. 130.

²⁸ Cfr. AGOSTINI, Filiberto, *Istituzioni ecclesiastiche...*, p. 25.

²⁹ Cfr. BERTOLI, Bruno, *Chiesa, società, Stato nel Veneto della Restaurazione*, Vicenza, Istituto per le ricerche di storia sociale e di storia religiosa, 1985, pp. 11-15.

³⁰ Con la bula *In universa gregis* del 8 de marzo de 1788, Pío VI transfirió las diócesis de Parenzo y Pola de la jurisdicción de Udine a la de Lubiana, de la que, por su parte Pío VII la sustrajo para someterla a Venecia.

observado, los cambios comportaron una eficaz racionalización de los ordenamientos territoriales. De ahí que surgieran tensiones, controversias, recursos -a caballo entre aspectos patrimoniales, derechos, organización del culto-, que solamente en algunos casos fueron satisfechos³¹. Este escenario, en los decenios considerados aquí, sufrió tres remodelaciones significativas. León XII, con la bula *Locum beati Petri* (de 30 de junio de 1828) fusionó la diócesis de Cittanova a la de Trieste (hasta entonces sufragánea de Gorizia) que, en tal ocasión fue unida a la de Capodistria, con anterioridad sometida a la jurisdicción de Venecia, haciendo que la nueva diócesis de Trieste y Capodistria quedara sujeta a la sede del patriarcado lagunaro. Con la misma disposición unió las diócesis de Parenzo y Pola. Luego, durante el pontificado de Pío VIII, con la bula *Insuper eminenti*, de 27 de julio de 1830, las diócesis de Parenzo, Pola, Trieste y Capodistria fueron sustraídas a la jurisdicción de Venecia y hechas sufragáneas de Gorizia. Más tarde, hacia mediados de siglo y por decisión de Pío IX, con la bula *Ex catholicae unitatis* (14 de marzo de 1847), Udine recobró el rango de archidiócesis, sujeta directamente a la Santa Sede. Bajo el patriarcado de Venecia permanecían las sufragáneas de Adria, Belluno, Feltre, Ceneda, Chioggia, Concordia, Padua, Treviso, Verona y Vicenza. Con esta organización diocesana la iglesia católica del Véneto habría entrado a formar parte del Reino de Italia después de la III guerra de la independencia de 1866.

Los cambios en el culto, la reorganización de la pastoral, las condiciones del clero.

Gradualmente, y a través de la superación de las resistencias debidas a costumbres sedimentadas desde hacía mucho tiempo en la población católica, la iglesia veneciana, bajo la guía de preladados como el patriarca de Venecia Johann Ladislaus Pyrker von Oberwarth³² (1820-1827), metropolitano de la provincia eclesiástica veneciana, se aproximó, también en el plano del culto, a las orientaciones que caracterizaban al catolicismo en el ámbito del imperio austriaco. El catolicismo véneto fue asumiendo una religiosidad más austera, esencialmente cristocéntrica, que renunciaba definitivamente a las formas típicas de un culto marcado profundamente aún por el devocionalismo, con sus ampulosas formas de piedad mariana y santoral. La

³¹ Cfr. AGOSTINI, Filiberto, *Istituzioni ecclesiastiche...*, pp. 26-27.

³² Sobre su figura véase el perfil biográfico trazado por DOBERSBERGER, Roland, *Johann Ladislaus Pyrker Dichter und Kirchenfürst*, St. Pölten-Wien, NP-Buchverl., 1997 (en particular le pp. 202-301 para el periodo en el que gobernó el patriarcado de Venecia).

acción pastoral fue reorganizada en torno a la parroquia, a la celebración de la misa en los días festivos, al desarrollo efectivo de la predicación dominical y de la enseñanza de la doctrina cristiana por parte del clero secular, prácticas –estas últimas-, que hasta aquel momento no habían encontrado una aplicación significativa y sobre las que ahora se ponía el acento a fin de mejorar la formación religiosa de los católicos venecianos.

Para lograr estos resultados fue necesario intervenir sobre las condiciones del clero del Véneto que, en 1808, a juicio del patriarca Nicola Saverio Gamboni, de designación napoleónica, estaba compuesto por individuos en “su mayor parte míseros, ignorantes y sin cultura alguna”³³. Casi un decenio después, el cuadro no parecía haber mejorado, a ojos del emperador Francisco I que, en 1817, hacía suyas algunas consideraciones más bien críticas sobre el clero veneciano:

“Según las descripciones que me han sido hechas sobre el clero veneciano, faltan al mismo instrucción y educación. Está compuesto de una masa de personas ignorantes, provenientes de los estratos más bajos, no goza de ningún respeto público y no está en condiciones de predicar ni de explicar la doctrina cristiana de forma que el pueblo, en materia de religión, vive en la ignorancia más supina”³⁴.

En realidad, las supresiones de monasterios y de conventos religiosos, que se habían acometido con anterioridad, en los últimos tiempos de la República de Venecia, luego durante el periodo revolucionario de finales del Setecientos y, finalmente, bajo el régimen napoleónico, habían privado a la estructura eclesiástica véneta y, en particular, a la de Venecia, de sus tradicionales puntos de producción cultural³⁵. Si las afirmaciones confiadas a su diario por el erudito bibliófilo Antonio Cicogna con fecha de 12 de febrero de 1811, resultan obviamente exageradas³⁶, reflejan sin embargo una representación posible, sustancialmente contemporánea a los acontecimientos, de lo que la desaparición de aquellas realidades parecía conllevar:

³³ Cit. en BERTOLI, Bruno, *Modificazioni strutturali della Chiesa veneziana dalla visita Flangini alla visita Pyrker*, en BERTOLI, Bruno y TRAMONTIN, Silvio, (eds.), *La visita pastorale di Giovanni Ladislao Pyrker nella diocesi di Venezia (1821)*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1971, pp. VII-XLI: XXXVII, nota 119.

³⁴ Carta al conde Lazansky, de 20 de enero de 1817 en SANDONÀ, Augusto, *Il Regno Lombardo Veneto...*, p. 137, nota 1.

³⁵ Para el periodo de las leyes antieclesiásticas venecianas del final del Setecientos, cfr. Giuseppe GULLINO, *La politica ecclesiastica veneziana...*, pp. 19-24. BERTOLI, Bruno, *La soppressione di monasteri e conventi a Venezia dal 1797 al 1810* (Venezia, Deputazione di storia patria per le Venezie, 2002), se detiene sobre las medidas puestas en práctica por la municipalidad democrática veneciana y, luego, por el gobierno napoleónico sobre la malla de monasterios y conventos venecianos.

³⁶ Para un documentado análisis crítico del alcance efectivo de la producción cultural por parte de los centros religiosos en el último siglo de la República de Venecia, cfr. BARZAZI, Antonella, *Gli affanni dell'erudizione. Studi e organizzazione culturale degli ordini religiosi a Venezia tra Sei e Settecento*, Venezia, Istituto veneto di scienze, lettere ed arti, 2004.

“Me digo a menudo a mí mismo que la supresión de las órdenes religiosas, aparte de ser un daño mayor a la religión, lo es también para las ciencias y las letras; y de hecho vemos que la mayoría de los hombres doctos salieron de monasterios y de las congregaciones eclesiásticas. La razón es meridiana, a pesar de que su espíritu no era otro que el de atender a iglesias y escuelas. Gozaban de todas las comodidades para aplicarse a los estudios placenteros”³⁷.

En los años veinte, Pyrker impulsó una reforma del clero cuyas líneas maestras consistieron en una ampliación de su instrucción por medio de una completa recepción en el seminario de los programas escolares establecidos por las autoridades de Viena, en el cuidado de su acción pastoral (en particular, por lo que se refería a la predicación dominical y a la doctrina cristiana), en un riguroso disciplinamiento de su moralidad³⁸. Por otro lado, mejorar la instrucción del clero y regular sus comportamientos no habría beneficiado solamente a su dignidad sino, según una mentalidad largamente difundida en la época, habría llevado a un saneamiento de las condiciones morales de la población, como recordaba el patriarca Milesi en una circular a los párrocos de 1817: “no os puede ser desconocido que, de la escandalosa vida de los sacerdote proviene como consecuencia la ruina del pueblo de Dios”³⁹. Y en esa misma óptica, a finales de los años veinte el patriarca Monico alegó, a su vez, en la recordada carta al gobierno del reino lombardo-véneto de 1829:

“Cuando nuestro clero pudiera volverse [...] más numeroso, más cómodo y mejor educado, sobre todo en la parte que afecta al espíritu eclesiástico, no es dudoso que su influencia sobre el pueblo no dejaría de ganar una gran fuerza para impedir aquellos excesos a los que muchos se dejan arrastrar por las pasiones sin freno”⁴⁰.

³⁷ CICOGNA, Emmanuele Antonio, *Diari*, I, 350, 12 de febrero de 1811, Venecia, Biblioteca del Museo Correr, ms. Cicogna 2844.

³⁸ Sobre el episcopado veneciano de Pyrker, cfr. TRAMONTIN, Silvio, *Il patriarca Pyrker e la sua visita pastorale*, en BERTOLI, Bruno, y TRAMONTIN, Silvio, (eds.), *La visita pastorale di Giovanni Ladislao...*, pp. XLIII-CXXVII: CXIII-CXVII. Véase asimismo BERTOLI, Bruno, *La Chiesa veneziana nel clima della restaurazione...*, pp. 81-82. Acerca de las reacciones populares a sus medidas en el ámbito del culto cfr. TRAMONTIN, Silvio, *Poesie popolari di protesta contro le riforme liturgiche del patriarca Pyrker (1821-1827)*, en *La letteratura popolare nella Valle Padana. III convegno di studi sul folklore padano*, editado por la Direzione provinciale dell'ENAL di Modena, Firenze, L.S. Olschki, 1972, pp. 537-546.

³⁹ Circular a los párrocos del 20 de enero de 1817 (borrador), en ASPV, Curia III, Patriarchi, Milesi, b. 2, fasc. «Lettere Spedite dalla Segreteria di Monsignor D. Francesco Milesi Vescovo di Vigevano negli anni 1815 1816 e 1817 come Patriarca di Venezia. Tomo Quarto». Cfr. también MICCOLI, Giovanni, «Vescovo e re del suo popolo». *La figura del prete curato tra modello tridentino e risposta controrivoluzionaria*, en *Storia d'Italia*, CHITTOLINI, Giorgio y MICCOLI, Giovanni, (eds.), *Annali 9: La Chiesa e il potere politico dal Medioevo all'età contemporanea*, Torino, Einaudi, 1986, pp. 883-928: 886, nota 5.

⁴⁰ Monico, carta de 20 de enero de 1829, en apéndice a BERTOLI, Bruno, *Restaurazione cattolica a Venezia...*, cita de p. 211.

No estaban en juego solamente los aspectos religiosos. De hecho, en la misma carta Monico lamentaba que desde hacía tiempo los obispos, impedidos de reunirse en sínodos y concilios provinciales, se quedaban aislados: “y, disminuida consiguientemente su influencia sobre el clero, se redujo otro tanto la influencia del clero sobre el pueblo con sumo detrimento, no solo de la religión, sino también del buen orden, y de la tranquilidad y costumbres del público”⁴¹. Aparecía, así, aquel esquema propio del catolicismo intransigente que ligaba el éxito de la civilización humana a su adecuación a los principios morales enseñados por la autoridad eclesiástica, *in primis* la del romano pontífice y que de inmediato se habría convertido en la línea de referencia de Pío IX en adelante⁴².

Otro aspecto relacionado con los estudios del clero merece ser destacado. Para figuras como Monico, quien desarrollaría en los decenios siguientes un papel importante en el ámbito de la intransigencia católica, en el contexto de los progresos de la cultura, tal y como se iban a duras penas afirmando en el curso de la modernidad – con la propensión, entre otras cosas, a marcar una distinción y una autonomía siempre más neta entre las distintas ramas del saber-, un nivel de instrucción como era el previsto para el clero por las disposiciones austriacas, podía resultar problemático. En realidad, quien lo adquiría tendía a volverse menos disponible para el servicio pastoral y para los oficios, vinculados al ministerio sacerdotal, más modestos, pero considerados igual de importantes en la perspectiva de garantizar las exigencias de formación religiosa y de funcionamiento del culto para una población todavía en no pequeña parte analfabeta o caracterizada por un bajo nivel de instrucción, en tanto que “se saltaba” el consabido esquema de utilización de la cultura con el objeto de apoyar, directa o indirectamente a la apologética cristiana. Es cuanto, en mi opinión se pueda colegir de las consideraciones del patriarca de Venecia con las cuales, en referencia a los sacerdotes más bisoños, en la carta citada poco antes, Monico se lamentaba abiertamente del plan de estudios previsto para el clero y pedía a las autoridades civiles a modo de remedio –igual que para otras tantas problemáticas- la devolución a los obispos de una adecuada autonomía de acción también en este ámbito:

⁴¹ Ibidem, p. 212.

⁴² Un perfil en MICCOLI, Giovanni, *Chiesa e società in Italia fra Ottocento e Novecento: il mito della cristianità*, en MICCOLI, Giovanni, *Fra mito della cristianità e secolarizzazione. Studi sul rapporto chiesa-società nell'età contemporanea*, Casale Monferrato, Marietti, 1985, pp. 21-92.

“aquellos que están provistos de felices talentos, habiendo adquirido muchos conocimientos de las ciencias eclesiásticas, aspiran de buena gana a algún puesto de enseñanza, pública o privada, como algo más lucrativo y honorífico que el de la asistencia a las almas en el que, según los pareceres humanos, son muchas las fatigas y pocas las compensaciones; y aquellos, por el contrario, que no pasan de la medianía en la fuerza de su ingenio, no habiendo extraído de la variedad de sus estudios más que ideas superficiales y confusas, no pueden ser de una gran utilidad ni en uno ni en otro ministerio. Para quitar este inconveniente convendría discurrir si en lugar de sujetar a los clérigos de forma indiferenciada a la misma calidad y cantidad de estudios, pudiera ser más útil ajustar a cada uno el peso que correspondiese más a sus fuerzas, dejándoles a los obispos, sobre este particular, aquella discreta libertad de la que, ciertamente asumirían como un deber el usarla con gran moderación y solo en aquellos casos en los que apareciera claramente una ventaja mayor”⁴³.

Se trataba de problemáticas que constituían una vertiente específica en el interior de la compleja, difícil relación entre catolicismo y modernidad científica y cultural. Se representarían, en la percepción del episcopado católico intransigente y más conservador, en formas cada vez más difusas y agravadas en los decenios siguientes hasta precipitar, junto con otras cuestiones, en el contexto de la crisis modernista, a comienzos del Novecientos.

El difícil trayecto hacia una nueva situación (1848-1866)

La crisis debida a la fase insurreccional abierta en 1848, que vio inicialmente al área véneta involucrada en la primera guerra de la independencia italiana y más tarde a Venecia, constituida en República de San Marco, resistir ella sola a los austriacos hasta agosto de 1849, dejó en herencia varios aspectos, en el plano religioso y el de la vida eclesiástica. En primer término, la afirmación del catolicismo intransigente como línea de pensamiento promovida directamente por el pontificado, con Pío IX (primeramente, en particular, con la encíclica *Nostis et nobiscum*, de 1849 y, luego, con el *Syllabus*, de 1864) para luchar con la modernidad en el plano cultural, social, político, venía acompañada también, en el ambiente véneto, de la reiterada percepción –un argumento en el que prevalecía el componente ideológico sobre la realidad efectiva de las cosas, cuando menos en cuanto a las dimensiones del proceso en curso- de que una parte no pequeña de la sociedad de la época estuviera ya penetrada por pulsiones anticlericales e,

⁴³ Monico, carta del 20 de enero de 1829, en apéndice a BERTOLI, Bruno, *Restaurazione cattolica a Venezia...*, cita de p. 211.

incluso, antirreligiosas, como los dramáticos acontecimientos que se habían sucedido desde 1789 (y en el Véneto, desde 1796-97) en adelante habían demostrado ampliamente.

En el Véneto, mientras tanto, al término de las tentativas del Risorgimento del bienio 1848-49, tuvo lugar una fase de represión policiaca, instada por las autoridades políticas, de aquellos miembros del clero secular y regular que habían manifestado orientaciones liberalizantes o que se habían alineado en posiciones risorgimentales. Sobre todo, en la fase inicial de la revolución no fueron escasos los eclesiásticos que, también aprovechando el equívoco que se había creado en torno a la figura de Pío IX, se adhirieron o, al menos, no se opusieron a los acontecimientos⁴⁴. Signo, como ha sido observado por Giovanni Micoli, del “creciente malestar latente en el clero” y de la “flagrante pérdida de consenso que las autoridades austríacas habían venido paulatinamente sufriendo en el Lombardo-Véneto, incluso en aquellos ambientes eclesiásticos que su concepción misma del poder consideraba como una de las claves fundamentales de su sistema de gobierno”⁴⁵. El mariscal de campo Radetzky, dos años después del restablecimiento del orden, se había lamentado de ello con los obispos de las diócesis vénetas, a través del presidente de la lugartenencia de Venecia, Georg von Toggenburg, declarando poseer pruebas irrefutables sobre el escoramiento de “gran parte del clero”, que continuaba cooperando “a la agitación de los espíritus y a la difusión de libelos y escritos incendiarios [...] falseando el sentido de los preceptos mismos de la iglesia y prostituyendo con vistas a los manejos de los partidos y al interés personal, el ministerio sacerdotal [...] se convierte en un vil instrumento de corrupción moral y política”⁴⁶.

Le habían contestado, con respuestas de adhesión más o menos formal, prelados vénetos y sus estrechos colaboradores de curia. Más significativa fue la reacción del patriarca de Venecia, el cardenal Jacopo Monico, que rechazó abiertamente toda acusación, desviando si acaso el tiro hacia aquellos “sacerdotes más exaltados, llegados aquí, sobre todo en los últimos tiempos, de todas las partes de Italia”⁴⁷. El examen de la lista de los proscritos por Radetzky antes de que los austriacos retornaran a Venecia a

⁴⁴ Una visión coherente sobre la postura de los obispos y del clero del Véneto frente a la revolución de 1848 en AGOSTINI, Filiberto, *Istituzioni ecclesiastiche...*, pp. 307-347.

⁴⁵ MICCOLI, Giovanni, *Note su alcuni documenti riguardanti la politica austriaca e gli orientamenti del clero veneto all'indomani del biennio rivoluzionario*, en *Studi veneti offerti a Gaetano Cozzi*, s. I. [Venecia], Il Cardo, 1992, pp. 409-417: 410.

⁴⁶ Carta de J.J.F.K. Radetzky a G. Toggenburg, 14 ottobre 1850, cit. *Ibid.*, p. 411.

⁴⁷ Cit. *Ibid.*, p. 413.

finales del verano de 1849 (la rendición de la ciudad lagunar se firmó el 22 de agosto), parecería dar la razón a las siguientes afirmaciones de Monico: de cuarenta nombres de sujetos desterrados de Venecia y de los territorios sometidos al gobierno imperial de Viena, solamente había cuatro eclesiásticos⁴⁸.

En realidad, durante el gobierno republicano diversos sacerdotes, incluso del *entourage* del patriarca Monico, se habían manifestado propensos a las directrices filoitalianas. Por ejemplo, Pietro Antonio Rizzardini había predicado en Venecia, en la iglesia de los jesuitas, durante la cuaresma de 1848, invocando la bendición “sobre Pío IX, sobre la Italia unida, entera y fuerte, para los generosos que combaten, para Manin”⁴⁹. Había habido varios eclesiásticos, también del clero regular, residentes en el Véneto y en los antiguos dominios venecianos que se habían movilizado en el plano propagandístico, a favor de la iniciativa veneciana en los años 1848-19 y que por ello se habían tropezado con las censuras por parte de Austria, una vez recuperado el control del territorio⁵⁰.

Como recordaba poco antes, en el marco del pontificado de Pío IX, los estímulos provenientes de las altas esferas romanas en el sentido de asumir el catolicismo intransigente como el horizonte ideológico de referencia se hicieron sentir y cosecharon notables consensos también en la iglesia y entre los católicos venecianos: no llegaron, sin embargo, a eliminar del todo otras posiciones y fermentos de tendencia contraria por cuanto unas y otros estuvieron destinados a permanecer ocultos en las interoridades de las conciencias o a encontrar si acaso expresión tan solo de forma episódica y comportando un grave riesgo para quienes se hacían sus portadores. Fue el caso del culto padre Jacopo Bernardi, que durante la guerra de la independencia se había situado en posiciones favorables al Risorgimento y para lo sucesivo habría figurado entre los exponentes más representativos del clero véneto en el ámbito del organizado movimiento antitemporalista. Él, debido a sus tendencias políticas fue observado con una

⁴⁸ TRAMONTIN, Silvio, *Patriarca e clero veneziano nel 1848-1849*, en LEONARDI, Maria, (ed.), *La Chiesa veneziana dal tramonto della Serenissima*, Venezia, Edizioni Studium Cattolico Veneziano, 1986, pp. 111-135: 125. Véase la reproducción de la lista de proscritos en BARIZZA, Sergio, (ed.), *Il Comune di Venezia e la rivoluzione del 1848-49. I verbali delle sedute del consiglio comunale*, Venezia, Arsenale - Comune di Venezia, 1991, p. 133.

⁴⁹ Así, según RIGOBON, Pietro, *Gli eletti alle assemblee veneziane del 1848-49*, Venezia, ed. por el Comitato Regionale Veneto per la Celebrazione centenaria del 1848-49, 1950, p. 198. El sermón de Rizzardini fue publicado con el título: *Parole dette dal cittadino ab. Antonio professor Rizzardini nell'occasione di benedire il popolo l'ultimo giorno della sua predicazione quaresimale nella chiesa di S. M. del Rosario l'anno 1848*, Venezia, Tipografia Fontana, 1848.

⁵⁰ El patriarca Monico, en septiembre de 1849, intercedió ante el gobierno a favor de Vincenzo Marinelli, de origen dalmata, exdominico, capellán militar en jefe, de Angelo Rizzi, arcipreste de San Doná de Piave, de Tommaso Scalfarotto, arcipreste de Salgareda, de Pietro de Domini, arcipreste de Motta de Livenza, del canónigo de Treviso, Enrico Moretti. Cfr. TRAMONTIN, Silvio, *Patriarca e clero veneziano ...*, p. 134, nota 68.

creciente aprensión por la policía del Reino Lombardo-Véneto después de la caída de la República de San Marcos y en abril de 1851, para zafarse del riesgo de un eventual arresto, tomo el camino del exilio, llevando consigo la convicción, que había expuesto a Pío IX, en una carta a Pellegrino Rossi de finales de octubre de 1848: “Mientras el Papa sea príncipe, no puede existir libertad sobre la tierra. Más tarde o más temprano se volverá a los grilletes por todas partes y, sobre todo, en Italia”⁵¹. Se trataba de posiciones de una minoría significativa, aunque numéricamente exigua, que si en los decenios siguientes pudo ver la realización de sus augurios regeneradores y antitemporalistas, debía mientras tanto asistir al retorno a la concordia entre el gobierno imperial y los rectores de la iglesia en el Véneto, una postura compartida aparentemente por la mayor parte de los obispos y del clero local.

Sin embargo, incluso en el interior de este renovado cuadro de colaboración entre instituciones civiles y eclesiásticas, no habían faltado reservas, provenientes de ambos lados: por parte del Estado, las rigurosas actividades de vigilancia contra el clero véneto, dirigidas a descifrar sus tendencias políticas, y las pesquisas para comprender la duradera posición antiaustriaca de una parte del mismo, encontraron una respuesta indirecta en el razonamiento desarrollado por el nuevo patriarca de Venecia, el benedictino Pietro Aurelio Mutti, en 1852. El mismo, ya anteriormente, como obispo de Verona, se había mostrado fiel a los gobernantes y había manifestado una rígida e intransigente orientación católica. Pero en octubre de 1852 Mutti, en un extenso memorial que le había sido pedido por las autoridades civiles para comprender las causas y posibles remedios de la “circunstancia de que el clero de estas provincias se halle todavía animado de un espíritu hostil al regio gobierno imperial”, reaccionó a las demandas austriacas aclarando que el desplazamiento de una parte del clero local hacia posiciones filoitalianas era el fruto de la creciente desilusión producida por la política de Viena por lo que respecta a la iglesia católica que, en este terreno, no se había distinguido particularmente de la Revolución francesa (“declarada enemiga de la religión y de sus ministros”), de la República cisalpina y del Reino de Italia:

“A la entrada, de hecho, de los triunfantes ejércitos imperiales austriacos en estas provincias, fueron recibidos por el clero con indecible alegría y verdadero entusiasmo. Excepto que el hecho no se

⁵¹ Carta (borrador) del 28 de octubre de 1848, citada en DA ROS, Ido, *Il clero della diocesi di Ceneda nel Risorgimento. Antitemporalisti e “patrioti”*, Vittorio Veneto, Dario De Bastiani, 1990, p. 102.

correspondió con las expectativas y con los deseos, y las leyes restrictivas de la libertad de la iglesia continuaron en su mayor parte en vigor, incluso posteriormente, lo que disgustó al clero”⁵².

Así que en 1848 los revolucionarios habían ofrecido al clero –según Mutti, de modo instrumental- “las más amplias promesas de libertad para la iglesia”, pero tras la victoria de Austria, ésta no había comprendido en profundidad el malestar que caracterizaba al ambiente eclesiástico y había retornado, en el territorio lombardo-veneto, a una gestión estricta y centralizada del funcionamiento de la organización eclesiástica. A fin de restaurar la armonía entre los gobernantes y el clero, habrían sido por ello necesarias, según Mutti, dos iniciativas: “efectuar verdaderamente lo que los revolucionarios [...] no habían sino ladinamente prometido”; y suscribir un específico concordato que devolviera a las instituciones eclesiásticas su reivindicada libertad de acción, concurriendo con ello a reforzar la fidelidad de los súbditos respecto del gobierno constituido.

En realidad la desilusión de las jerarquías católicas venecianas respecto de las autoridades civiles austriacas –que formalmente aparecían connotadas con un sesgo confesional, pero que seguían suscribiendo un enfoque del catolicismo y de sus instituciones de tipo acentuadamente regalista, habría encontrado al poco tiempo una nueva confirmación con motivo de la aplicación del concordato entre la Santa Sede y el Imperio de Viena, concluido en agosto de 1855. Seguramente el texto del concordato resultaba particularmente favorable a la iglesia católica, tanto que el propio Pío IX no dejó de aplaudirlo repetidamente recomendando su completa puesta en práctica⁵³. Pero de hecho el concordato fue ampliamente descuidado por las autoridades imperiales en los años sucesivos⁵⁴. En realidad, sobre la aplicación literal del texto de los acuerdos, prevaleció en el gobierno austriaco la vuelta a la política josefina: les fue concedido a los obispos el poder reorganizar libremente sus diócesis según un modelo centralizado,

⁵² Esta y las otras citas del memorial de Mutti en BERTOLI, Bruno, *Le origini del movimento cattolico a Venezia*, Brescia, Morcelliana, 1965, pp. 62-64.

⁵³ Cfr. las encíclicas *Optime noscitis*, de 5 de noviembre de 1855 y *Singulari quidem*, de 17 de marzo de 1856, dirigidas ambas a los obispos del imperio en LORA, Erminio y SIMIONATI, Rita, (eds.), *Enchiridion delle encicliche*, vol. 2: *Gregorio XVI, Pio IX (1831-1878)*, Bologna, EDB, 1996, respectivamente en pp. 220-226 y 227-243.

⁵⁴ Cfr. BRIGUGLIO, Letterio, “Lo spirito religioso nel Veneto durante la terza dominazione austriaca (Fortuna di Ernesto Renan)”, en *Rassegna storica del Risorgimento*, 42, 1955, p. 25, nota 1, y los documentos en apéndice, pp. 50-54). Para un análisis del concordato cfr. GAMBASIN, Angelo, *Il clero padovano e la dominazione austriaca 1859-1866*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1967, pp. 20-23; y sobre todo, MARTINA, Giacomo, *Pio IX (1851-1866)*, Roma, Pontificia Università Gregoriana, 1986, pp. 185-209. Para la inicial acogida favorable del acuerdo por parte del patriarca Mutti y las sucesivas dificultades encontradas por la plasmación de algunas normas concordatarias en Venecia cfr. BERTOLI, Bruno, *Le origini del movimento cattolico...*, pp. 65-69.

que se inspiraba en las concepciones tridentinas, de modo que se les consentía resistir a las presiones de la burocracia estatal; pero al mismo tiempo fueron instados a una adhesión incondicional a la política de Viena y esto en una fase de crecientes impulsos independentistas, que los dramáticos acontecimientos del 48 habían hecho emerger claramente⁵⁵.

En los años siguientes el episcopado local forzó a la iglesia en el Véneto, a colocarse en posiciones de estricta ortodoxia doctrinal, acompañada de una concepción de cuño jurídico-sociológico que había resultado en seguida un anticipo de algunas de las siguientes decisiones del Concilio Vaticano I (1869-1870), y proporcionó una significativa contribución a la elaboración de la línea intransigente adoptada por la iglesia católica contra la cultura y la sociedad modernas. En cambio, en el plano de las relaciones con el Estado, los obispos y el clero del Véneto permanecieron encerrados en una posición global de adhesión formal y de colaboración institucional con las autoridades civiles, acompañada, sin embargo, de reservas y de la repetición de varias controversias en torno a concretas cuestiones inherentes a las relaciones entre la iglesia y el estado. En esta cuestión, episcopado y clero del Véneto tuvieron que aguardar a la tercera guerra de la independencia italiana, de junio-agosto de 1866, para poderse resituar en el interior de un escenario distinto —el constituido por la incorporación del área véneta al Reino de Italia— una situación que habría sido percibida en el largo plazo como mucho más hostil respecto de la anterior debido al anticlericalismo que caracterizaba a los gobiernos liberales y de las modalidades con que se había desarrollado el Risorgimento italiano, en no pequeña medida a expensas de las prerrogativas temporales del papa.

⁵⁵ Cfr. GAMBASIN, Angelo, *Problemi e dibattiti al primo Concilio provinciale veneto (1859)*, en *Rosmini e il rosminianesimo nel Veneto*, Verona, Mazziana, 1970, pp. 145-216: 148.